



Manifestación ante el palacio de la Generalitat, tras la proclamación de la Segunda República.

recogidas en los dos volúmenes aludidos, fue dificultosa tanto para los representantes catalanes como para los demás españoles defensores del proceso constituyente de la Segunda República. Una negociación que se produjo después de unos hechos consumados y que rebajó las cotas de libertad alcanzadas a través de las acciones encabezadas y protagonizadas, el 14 de abril de 1931, por Macià y Companys, al proclamar la República catalana antes de que lo fuese la española. Un proceso negociador que culminó el 9 de septiembre de 1932, cuando las Cortes españolas aprobaron el Estatuto de Autonomía de Cataluña, empezado a discutir el 6 de mayo de ese mismo año (nueve meses después de que el pueblo catalán hubiera votado mayoritariamente a favor la aprobación del primitivo Estatuto —el de 1931— elaborado en Nuria.

La defensa que ante las Cortes españolas hiciera Manuel Azaña del Estatuto de Autonomía de Cataluña, el día 27 de mayo, estuvo salpicada por interrupciones y sarcasmos de los hombres contrarios, tanto a la Segunda República, que eran numerosos, como a la autonomía de Cataluña, que eran todavía más. Su discurso fue largo, como lo requería la importancia del tema, pero su verbo y su oratoria estu-

vieron, como era habitual en él, cargados de sentimiento, sin dejar que ese sentimiento ocultara su habilidad y entendimiento de las cosas políticas. Habló del "problema catalán", como problema político derivado del mal gobernar de la Monarquía, y expuso los motivos que le conferían carácter de problema. Abordó los principales aspectos del Estatuto, así como su articulación institucional en la Constitución de la República. Y sin perder en ningún momento su fidelidad humanística ni su sentido del patriotismo —español y castellano en su caso—, criticó que "el noventa por ciento de los que protestan el Estatuto no lo han leído", y señaló "que si lo hubiesen leído tal vez no protestarían".



Manuel Azaña.

Y esto lo dijo Azaña pretendiendo silenciar a los que quieren monopolizar para sí y para sus actos el sentimiento patriótico, aseverando que "una gran parte de la protesta contra el Estatuto de Cataluña se ha hecho en nombre del patriotismo, y esto, señores diputados, no puede pasar sin una ligera rectificación", para decir "que nadie tiene el derecho de monopolizar el patriotismo y que nadie tiene el derecho, en una polémica, de decir que su solución es la mejor porque es la más patriótica; se necesita que, además de patriótica, sea acertada".

Paralelamente a la defensa que Azaña hiciera, aquel día ya lejano, del Estatuto de Autonomía de Cataluña hubo a lo largo de los cuatro meses otras intervenciones a favor, que son las recogidas en el volumen que reúne los discursos parlamentarios de los diputados catalanes, entre el 20 de mayo (a cargo de Amadeu Hurtado) y el 2 de agosto (a cargo de Lluís Companys). Son en total ocho intervenciones, de tono variado y de muy diferente estilo y contenido. Las hay brillantes y vibrantes, como la de Humbert Torres, aplaudida sólo por miembros de la minoría catalana, en la que se da una lección de historia de Cataluña, no exenta de interrupciones por parte de otros parlamentarios.

Las hay también como las de políticos catalanes tan diferentes en sus ideologías particulares —pero pasados por las armas ambos después—, como el demócrata-cristiano Carrasco i Formiguera y el izquierdista Companys, o la también apasionada defensa de la lengua, de la enseñanza y de la Universidad catalanas efectuadas por el hasta hace poco exiliado Ventura Gassol, defensor no sólo de Cataluña, sino también de las demás nacionalidades españolas, sobre todo frente a aquellos centralizadores diputados llamados Ortega y Gasset y Unamuno, que tanto increparon e intentaron burlarse del catalán. Y hay también defensas frías, no tan llenas, tal vez, de grandeza oratoria y política, como las de Amadeu Hurtado, Martí Esteve, Joan Estelrich y Rafael Campalans, pero no por ello menos comprometidos en la lucha unitaria.

Por encima de los partidos y de las opciones particulares, como dijo Joan Estelrich el 30 de junio de 1932 (5), "nos es el compromiso, contraído por todos nosotros ante el pueblo de Cataluña, de defender este Estatuto". ■ PABLO MORATA.

(5) Página 112 del libro recopilado por Cucurull.

El lastre de una época

Antes de abordar el comentario del libro que Ruiz Ramón ha dedicado al estudio del teatro español del siglo XX —tarea que dejo para otra semana— quisiera referirme a dos libros anteriores que han perseguido afín objetivo: "Teatro español contemporáneo", de Luis Molero Manglano (Editora Nacional), y "El teatro español hoy", de Luciano García Lorenzo (Biblioteca Cultural de RTVE). Por diversas razones, la bibliografía sobre el tema se ha enriquecido considerablemente en los últimos tiempos, ya fuera tomando en el 98 el punto de partida —y en ello cuenta la vigencia de Valle—, como hace García Lorenzo, ya fuera en el 39, como es el caso de Molero Manglano.

Considero de interés ambos libros, situados en la perspectiva global del estudio del teatro español contemporáneo, por dos razones. Una, porque han sido escritos por estudiosos documentados; otra, porque, pese a ello, ya sea por sus limitaciones

metodológicas, ya sea por la plataforma editorial en que aparecieron, los trabajos adolecen de una condición que merece ser meditada.

En el caso de "El teatro español hoy", nos encontramos con que su autor, constreñido en gran parte por el espacio —150 páginas, de las que más de 40 son gráficas—, se ha limitado a dar una serie de juicios sobre los más conocidos dramaturgos de nuestro siglo. El título de los distintos capítulos refleja el propósito de clasificarlos y, al mismo tiempo, de señalar las líneas dominantes de nuestro programa dramático. El libro, generalmente cimentado en nuestra crítica más progresista, tiene, a mi modo de ver, dos problemas: uno, metodológico, que consistiría en situarnos ante los autores sin desarrollar el entramado histórico y social que pudiera ayudar a entender su significación. Con lo que, perdida la relación autor-época, la adjetivaciones toman el tono de un estricto juicio personal, con el que uno puede estar de acuerdo o en desacuerdo, sin plantear la verdadera cuestión: el pensamiento y la sensibilidad históricas en que se enmarcan esos acuerdos y esos desacuerdos. El otro problema, derivado del anterior, sería una especie de general benevolencia, absolutamente lógica cuando el crítico ha de juzgar individualmente a los autores en lugar de intentar analizar las raíces sociales —y, por tanto, también estéticas— de su obra.

Distinto es el caso del libro de Molero Manglano. Aquí no sólo hay una referencia constante a las relaciones entre teatro y sociedad, sino que éstas se esgrimen como una de las apoyaturas del trabajo. De autores como Pemán o Paso, refiriéndose a sus épocas de gran éxito, el ensayista subraya la relación entre su obra y su público, viniendo a ser aquella la expresión de las ideas de éste. Si la década del 40 es la de Torrado y el astracán, Molero Manglano lo explica aludiendo al trauma de la guerra civil y a la función que asignaron al teatro quienes iban a él. Por aquí y por allá, al estudiar el éxito de los autores y transcribir escenas que contienen el núcleo de su pensamiento, asoman atinados intentos de relacionar la obra con la Historia. Pero, desgraciadamente, el método se trunca al identificar público teatral y sociedad española, al renunciar a la contemplación de las clases y a la significación socioeconómica de la guerra civil. Hay en el autor una especie de santo ho-

rror a la política, que acaba siendo el principal enemigo de su sugestivo punto de partida. Porque una cosa es soslayar el concepto sectario de la política y otra no aceptar el concepto como manifestación de una acción que resulta del estado social y que tiene, inevitablemente, a perpetuarlo, de un modo u otro, o a modificarlo, también de un modo u otro. Contar la vida de Buero, decir luego que al autor "le interesan los españoles del hambre; los que tienen dificultades para comer cada día, los que ven en el mismo centro de su problemática humana la miseria y la falta de medios; los que se mueven en un marco lóbrego, angustioso, de puertas cerradas". Y añadir: "En la situación actual carece de sentido y de justificación querer apreciar en el teatro de Buero un sentido cualquiera de compromiso político", me parece una flagrante contradicción, a menos que identifiquemos la política con el sectarismo. Igual sucede, por poner otro ejemplo, con García Lorca. Es cierto que su asesinato —y, a estas alturas, todo el mundo sabe que fue el gobernador civil de Granada quien lo mandó a Viznar para ser fusilado— enfatizó su significación política. Tam-

bién lo es que algunos han cargado la mano. Pero el sentido de sus obras es críticamente inequívoco, como lo fueron muchas de sus declaraciones y su alineación en la vida cultural republicana. Sin embargo, Molero Manglano escribe: "En primer lugar, hay que adelantar que quien quiera ver en este teatro la menor implicación política, la más leve toma de posición ideológica o, como se dijo después, el menor síntoma de 'engagement' o compromiso, es que se ha puesto unos anteojos especiales para ver de esta forma... porque tiene gusto en ello".

Podríamos transcribir otros párrafos, a través de los cuales cabría señalar una serie de contradicciones que nos remiten —y esto es lo importante, pues es obvio que el autor no cree incurrir en ellas— a una especie de recelo ante los términos políticos. De ahí el vacío o la ambigüedad, a la vez semántica y conceptual en este terreno, que explicaría la frustración de un trabajo en cuyo planteamiento existían una serie de posibilidades prometedoras.

En el fondo, tanto en "El teatro español hoy" como en "El teatro español contemporáneo" se refleja, precisamente porque

sus autores quieren sostener una actitud crítica y actual, el lastre de una época en la que muchos conceptos políticos fundamentales se nos enturbiaron entre su anulación y su manejo dogmático, quedándonos sin su dimensión rigurosa. Decir, como hace Molero Manglano, que Tejedor o Fernández Sevilla planteaban un teatro con elementos populares, obliga hoy —como ha hecho el brasileño Boal— a desentrañar la equívocidad del término "popular" y a preguntarse qué interés se defiende en cada una de las formas que se ofrecen bajo esta etiqueta. ■ JOSE MONLEON.

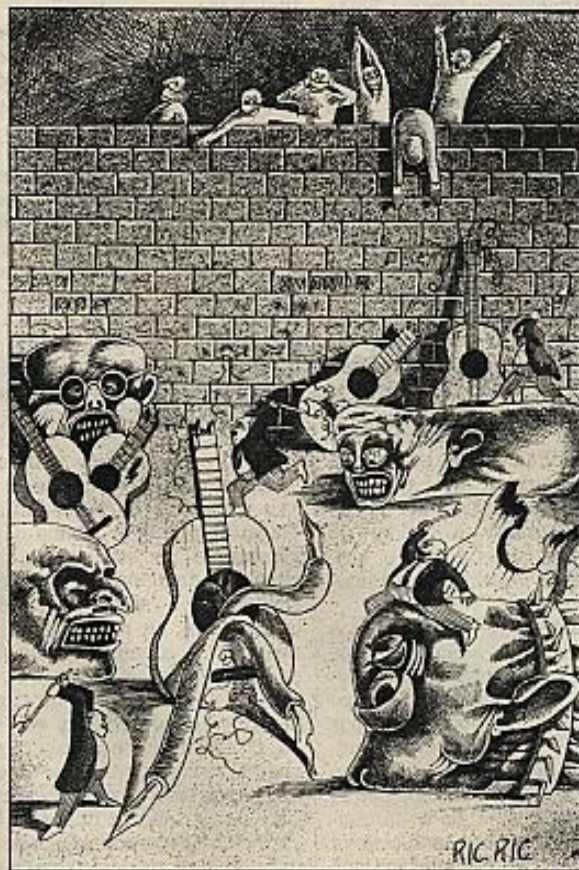
Piaget, el constructor

Al reseñar, en el número anterior de TRIUNFO, un coloquio internacional celebrado en Madrid sobre "comunicación y pensamiento", resaltábamos como significativo el que, sobre todas las ponencias presentadas, hubiera planeado la figura y la obra de Jean Piaget. Era, sin duda, un testimonio más del interés que —tras decenios de incompreensión en ciertos ambientes científicos— comienza a despertar en todo el mundo este psicólogo, biólogo y epistemólogo suizo a quien sólo ahora se le reconoce su claro papel de precursor en tantos campos de la actividad investigadora.

También estos días, y como parte de esa recuperación a que nos referimos, ha aparecido un libro de "conversaciones con Piaget" (1) a cargo del periodista Jean-Claude Bringuier. Se trata de una serie de entrevistas iniciadas en 1969 y continuadas a intervalos diversos hasta 1976.

"Conversaciones libres" las llama el periodista francés, y este calificativo —conservado en el título original— se justifica tanto por el tono de las preguntas —sin pretensiones ni pedanterías, en las que tan fácilmente hubieran caído otros entrevistadores— como por la naturalidad y sinceridad con que parecen fluir las respuestas del científico.

Apenas inducido por Bringuier, Piaget nos va exponiendo uno tras otro en el curso de la conversación los diversos problemas que le han venido preocupando a lo largo de una carrera investigadora que se inició allá por los años veinte con una



(1) Traducción de Juana Bignozzi. Gramica editor. Serie Conversaciones. Barcelona, 1977.